

Réginald Garrigou-Lagrange, O.P

La unión hipostática, la unión más íntima después de la Trinidad

Tal como se ve, la unión personal o hipostática, es decir, unión de la divinidad y de la humanidad en una sola persona o en un solo sujeto, no es sólo una unión moral que nace de la conformidad de la voluntad humana con la voluntad divina por la gracia y la caridad. Esa unión moral con Dios, unión que se da en todos los santos, puede convertirse en una unión muy íntima; en el Antiguo Testamento Abraham es llamado amigo de Dios, pero queda infinitamente distante de Dios; de la misma manera, los Apóstoles y los más grandes santos.

La unión personal o hipostática no es tampoco una unión natural y esencial, pues no constituye una misma naturaleza o esencia. Las dos naturalezas quedan perfectamente distintas, aunque íntimamente unidas. En efecto, la naturaleza divina es absolutamente inmutable y no puede convertirse o cambiarse en una naturaleza creada; además, si así fuese, Jesús ya no sería verdadero Dios. Por otra parte, la naturaleza humana no puede convertirse o cambiarse en naturaleza divina; si así fuese, Jesús no sería verdadero hombre. Tampoco pueden las dos naturalezas entrar en composición de una tercera naturaleza, lo que supondría una modificación o alteración de la naturaleza divina que es absolutamente inmutable y que no podría ser la parte incompleta de un todo más perfecto que ella misma.

La unión personal o hipostática no supone, pues, de ningún modo, la confusión de las dos

naturalezas. Así, en nosotros, la unión del alma y del cuerpo no entraña en modo alguno la confusión. Más o menos como nuestro cuerpo está dominado, vivificado por nuestra alma y será reanimado por ella el día de la resurrección, así, en Jesús, la naturaleza humana está bajo el dominio total de Dios, poseída por el Verbo. Cristo no es un ser fabuloso, mitad dios y mitad hombre; es verdadero Dios y verdadero hombre, sin confusión panteística de las dos naturalezas unidas en su persona divina.

Así se realizan sobrenaturalmente, en este misterio sublime, la inclinación de Dios de darse el máximo posible al hombre y la inclinación del hombre de unirse al máximo posible con Dios.

Después de la unión de la Santísima Trinidad, es ésta la más fuerte, la más íntima posible. En la Santísima Trinidad, las tres Personas son necesariamente una sola y misma naturaleza divina; es un hecho el que, en Jesús, las dos naturalezas pertenecen a la misma persona. La unión personal o hipostática, que constituye al hombre-Dios, es incomparablemente más íntima que la de nuestra alma con nuestro cuerpo. Mientras que el alma y el

cuerpo se separan en la muerte, el Verbo no se7 separa nunca del alma y del cuerpo asumidos por Él. La unión es inmutable e indisoluble para toda la eternidad.

No contemplamos nosotros suficientemente este inefable misterio de Amor misericordioso. Su sublimidad proviene precisamente del hecho de que dos naturalezas infinitamente distantes, una suprema, otra ínfima, están tan íntimamente unidas. Lo bello proviene de la unidad que resplandece en la variedad; cuando los diversos elementos están íntimamente distantes y, sin embargo, íntimamente unidos, ya no se da sólo lo bello, sino, realmente, lo sublime. Sólo el Amor divino es lo suficientemente fuerte para asociar así la suprema riqueza y la naturaleza humana con todos los sufrimientos que la pueden abrumar.

Cuando hagamos el *vía crucis* y contemplemos a Jesús en la vía dolorosa doblegado por el fardo de nuestras faltas, acordémonos de que Él es el Camino, la Verdad y la Vida y que por Él iremos hacia ese océano de vida divina al que sólo Él puede conducirnos dándonos la gracia de perseverar.

Nos gusta contemplar el mar o las montañas, dejar reposar la mirada largo rato con admiración. ¿Por qué no contemplamos más a menudo el inmenso misterio de la Encarnación, misterio que nos trae la salvación? Tal como a menudo nos ha sido dado ver en los campos de Francia, de España y de Italia, las almas sencillas, formadas por el Evangelio y la liturgia, llegan a esa contemplación.

Cuando entramos en una iglesia, muy frecuentemente, nos contentamos con pedir una gracia particular para nosotros y para los demás; agradezcamos alguna vez a Dios por habernos dado a Nuestro Señor. La Encarnación bien vale una acción de gracias especial. Esta acción de gracias, que debe comenzar desde aquí abajo, será la de los santos durante la eternidad, será el canto de los elegidos del que habla el Apocalipsis: *Al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición, honra, gloria y potestad por los siglos de los siglos.*

Un alma que todos los días, en la intimidad de la oración, agradeciese a Dios que nos haya dado a su Hijo, alcanzaría, ciertamente, un alto grado de unión divina. Esto es posible para toda alma sencilla, privada incluso de cultura humana: agradecer a Dios el infinito don que nos ha hecho.

Tomado de 'El Salvador y su amor por nosotros', ediciones Rialp, S. A. Madrid.(Pág.153-156).